

ANTROPÓLOGOS NATIVOS EN LA ARGENTINA. ANÁLISIS REFLEXIVO DE UN INCIDENTE DE CAMPO¹

Rosana Guber²

Resumen

El análisis de un incidente de mi trabajo de campo con veteranos argentinos que participaron en el conflicto del Atlántico Sur entre la Argentina y Gran Bretaña, conocido entre nosotros como "Guerra de Malvinas" (1982), me ha permitido echar luz sobre mi objeto de investigación, y sobre un debate ya tradicional en la Antropología Social: las ventajas y desventajas de ser un "antropólogo nativo". En este artículo me propongo mostrar que el trabajo de campo es un proceso de conocimiento de la realidad social; que para la antropología, ese proceso de conocimiento se produce principalmente en el campo, en el encuentro entre investigador y sujetos de estudio, cuando se analiza como reflexiva a la realidad social, en este caso a una situación de campo, y cuando el investigador se convierte en su propio informante.

Introducción

En este artículo sostendré que el trabajo de campo es un proceso de conocimiento reflexivo de la realidad social que, para la antropología, se produce de manera crucial en los encuentros entre investigadores y sujetos de estudio. La incorporación controlada de la reflexividad, entendida más como condición de la realidad social que como atributo individual del investigador o como premisa de ciertas líneas teóricas de investigación, tiene consecuencias tanto en la práctica y el conocimiento sociales, como en la práctica y el conocimiento de la Antropología.

Examinaré algunas de estas consecuencias analizando un incidente de mi trabajo de campo con veteranos argentinos que participaron en el conflicto armado argentino-británico de 1982. Este trabajo de campo fue realizado en el contexto de una investigación sobre los conceptos y prácticas de la nacionalidad argentina a través de la memoria histórica de la guerra por la soberanía en disputa de los archipiélagos australes de Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur, y que en la Argentina se conoce como "la Guerra de Malvinas".

¹ Una versión preliminar fue presentada a las I Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos, Buenos Aires, junio, 1994 (IDES).

² Investigadora de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET). Este artículo presenta materiales y elaboraciones que integran un proyecto de investigación que ha contado con una beca de la Fundación Antorchas.

De qué nos sirven a los investigadores sociales las vicisitudes ocurridas en el campo? Sostendré aquí que los investigadores podemos transformar episodios en apariencia anecdóticos y personales en instancias de conocimiento, aplicando a ellos el mismo tratamiento que daríamos a materiales más convencionales. Esta opción, lejos de proponer el uso de la legitimidad académica para hacer gala de narcisismo, revela cuánto comparte el investigador con la realidad que estudia, permitiendo contribuir a su esclarecimiento al reconocer estos elementos compartidos.

El caso que presento aquí tiene interesantes derivaciones en el clásico debate disciplinar sobre el "antropólogo nativo", en la construcción argentina de la nacionalidad, y en el significado de ser "nativo" en la Argentina. A continuación expondré el incidente de campo, daré un breve panorama de la discusión acerca del "antropólogo nativo", y analizaré etnográficamente el incidente adoptando una determinada perspectiva de la reflexividad.

I. Mi último 2 de abril

Desde 1983 y cada 2 de abril las organizaciones de ex-soldados recuerdan públicamente la recuperación argentina de las Islas Malvinas tras 149 años de dominio británico. Esta era la tercer conmemoración que iba yo a presenciar en Buenos Aires. Tras dos años de trabajo de campo, sería probablemente mi última asistencia como investigadora, cerrando un ciclo en el mismo punto que lo había iniciado: un acto por el 2 de abril convocado por Carlos y otros militantes de la que ellos llaman "causa de Malvinas". Entre mi primer encuentro y éste, Carlos se había transformado en dirigente de una importante organización de ex-soldados de Malvinas, el CAVIM (Centro Argentino de Veteranos de las Islas Malvinas¹). Por su mediación y ayuda conocí a militantes nacionalistas y malvineros, a ex-soldados y personal militar que participó en el conflicto del Atlántico Sur. Pero con él sólo alcancé a mantener dos encuentros casuales debido a sus ocupaciones y a mis frecuentes viajes. La relación se limitó a visitar el CAVIM y asistir a los actos que convocaba su agrupación.

Los 2 de abril el CAVIM organizaba desfiles en la Capital de los cuales participaban veteranos del "interior". Esta vez, las delegaciones desfilarían hasta el "Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur" en la Plaza General San Martín, partiendo de la Plaza de Mayo, centro político capitalino y nacional, después de una misa en la Catedral metropolitana.

Llegué al lugar veinte minutos antes de empezar el acto, dispuesta a reencontrarme con quienes hacía meses -algunos un año- no veía, Carlos y sus colaboradores entre ellos. Avanzaba por la rampa de acceso a la Catedral cuando busqué saludarme uno de ellos. Encontré luego a la esposa de Carlos y la saludé con un beso, a pesar de su actitud distante. Mientras cruzaba "Holas" con otros presentes, en voz bien alta ella comentó: "están llegando los service!". Miré hacia la rampa

adonde ella miraba, pero sólo vi fotografías, policías, transeúntes y ex-soldados. Como nadie me dio pie para quedarme charlando, me fui al umbral de la Catedral cuando apareció Carlos uniformado de verde. Aunque no lo veía desde hacía tiempo, no mostró demasiado entusiasmo por el reencuentro, y siguió con sus preparativos. Supuse que estaba ocupado y que yo le resultaba una cara "irrelevante" o, como diría Malinowski, un "mal necesario". Subía a la entrada a esperar que ingresaran las delegaciones provinciales cuando la mujer de Carlos se me acercó y me dijo:

"Mirá: vos mantenete lejos de los ex-combatientes y de mi marido, porque queremos gente de inteligencia en el Centro. Y cuidate, porque si no vas a perder tu trabajo en inteligencia".

Sólo pude decir "Vos estás en pedo (loca)?", pero se fue sin escucharme.

Henos aquí con uno de esos momentos que los antropólogos tanto tememos, la amenaza latente de toda investigación: que no nos quieran!, no "ingresar", y si hemos ingresado, que de un día para otro se nos declare 'persona non grata' y debamos irnos. El problema no es tanto no poder iniciar o completar el trabajo, ni cómo dar cuenta de lo no-realizado a la universidad, a los colegas. El problema es que el no ingreso o la expulsión nos cuestiona hasta nuestras fibras más íntimas. Depositamos la legitimidad de nuestro saber en los cursos de teoría y metodología, y creemos que con ese bagaje podremos alcanzar otros ámbitos, otras gentes, mostrarnos, parecer y hasta ser, dúctiles y accesibles. Lo que nos jugamos en el campo, cada uno en su solitaria y frecuentemente incomprendida individualidad, es más que lo académico: es la utopía de creernos social y culturalmente solidarios, amplios y distintos del común de la gente; estamos dispuestos a escuchar y a entender lo que otros no escuchan ni entienden. Ese, creemos, es nuestro maravilloso don: poder "ganar el campo"². Y cuando llega un "desastre" como éste lo rumiamos por días, obligándonos a preguntar cuál fue nuestro error y si "hemos nacido para esto". Situaciones semejantes abundan en la disciplina, pero sólo se exponen para contar cómo el investigador superó una *gaffe* cultural o un malentendido de sus informantes acerca de su rol. Es posible que este incidente tenga algo de ambos, pero mi análisis recorre otro camino.

Apenas se fue la mujer de Carlos pensé que por fin sabía qué pensaban de mí, y el porqué de aquella indiferencia. Pero no entendía cómo, al cabo de tanto tiempo, Carlos y ella estaban tan seguros de mi doble identidad. Había creído que el margen de duda inicial se revertiría al carecer ellos de pruebas fehacientes. Si bien sabía que los ex-soldados guardaban cierta desconfianza de mí, supuse que ésta se atenuaría con el tiempo, mi trabajo y mi conducta, como enseñan los manuales de métodos y técnicas³. Además, Carlos había cursado dos años de la carrera de Antropología y teníamos conocidos en común. Me había escuchado presentarme varias veces: investigadora del CONICET, docente de la Universidad, alumna de un doctorado en EE.UU., y nunca lo había objetado. Dónde estaba el problema?

Perpleja y petrificada como otra columna de la Catedral, dudé qué hacer sin reaccionar. Me recordé a mí misma que estaba allí para registrar un 2 de abril, que no tenía nada que ocultar ni de qué avergonzarme. Pero aunque decidí continuar con lo que tenía previsto, pude poco desde mi deprimente estado de ánimo con el cual acompañé el resto del acto en otra sintonía. Mi única capacidad de registro se abocó a las generalidades. Transcurrí la marcha y el acto final hasta que otro veterano me presentó a una estudiante que quería "conocer la situación de los ex-combatientes". El se alejó con los suyos, mientras yo conversaba con ella y fui, irónicamente, la última en irme de donde me habían echado.

II. Ventajas y desventajas de ser un antropólogo nativo

Desde una perspectiva metodológica tradicional en las Ciencias Sociales, lo ocurrido debería interpretarse como un obstáculo a la investigación: o yo me había equivocado, o Carlos y su mujer no eran "buenos informantes". La solución sería sobreponerse al traspie, seguir con quien desee ayudarnos, cambiar de tema o, como solemos hacer los antropólogos, mudarse 'de localidad'. Pero estas soluciones prácticas soslayan la cuestión teórico-metodológica acerca de cómo y dónde se produce el conocimiento antropológico. Al eludir el problema contribuimos a consolidar la ficción fundacional pero oculta del trabajo de campo antropológico: que el etnógrafo sea -y deba ser- extraño a la realidad que estudia, de donde tarde o temprano partirá, hace que su experiencia de campo sea sólo un simulacro de convivencia. Su transitoria presencia en la "aldea" y sus concesiones ante formas de vida muy distintas de las suyas, le permiten superar los contratiempos y "seguir con su trabajo". Este posicionamiento, criticado en algunos volúmenes y artículos sobre los avatares del campo, lleva implícita otra cuestión: qué tipo de conocimiento genera un incidente como éste, y cómo podemos interrogarlo?

Cuando decidí escribir sobre lo ocurrido comencé preguntándome el por qué de la expulsión. Lo mismo hice en una ronda de consultas a otros veteranos y colegas que me dieron sus pareceres y en los cuales reconocí un patrón similar al que yo como ciudadana argentina podía esperar. No iba yo a sumergirme en las honduras psicológicas de la mujer de Carlos para conocer las "verdaderas" causas de su reacción; no se trataba de averiguar "por qué" me habían expulsado, sino qué podía aprender del episodio para mi investigación sobre la memoria histórica de la nacionalidad. Desde aquí interrogué al incidente construyendo dos mediaciones: una sobre el lugar de la nacionalidad en la metodología etnográfica de campo; otra sobre el vínculo de la realidad social que encontraba en el campo y la mía propia, con los términos teóricos de mi investigación. Para la primera recurrí al debate sobre el antropólogo nativo; para la segunda, a los conceptos y usos de la reflexividad.

Con su prosa naturalista Bronislaw Malinowski señaló al conocimiento del "punto de vista del nativo" como definitorio del "metier" del antropólogo (1922).

Desde fines del siglo XIX, la antropología se había volcado al estudio intensivo de culturas diversas a la del investigador, identificándose a ésta con la cultura euro-occidental propia de los estados-nación industrializados del 'centro' mundial. El trabajo de campo basado en la estadía prolongada y en la interacción directa cara-a-cara con los "miembros de una cultura", se transformó en la experiencia más totalizadora y distintiva de los antropólogos, el lugar de la producción de su saber, y el medio de legitimarlo. El conocimiento del Otro redundaría en el conocimiento no etnocéntrico de la sociedad humana en su pluralidad, siempre que se observen ciertas premisas: distanciamiento geográfico y cultural; soledad de sentidos familiares; tabla rasa valorativa y la resocialización para acceder al punto de vista del nativo con el único presupuesto admisible: el de la Ciencia Natural⁴.

A fines de los '60, con la caída del orden colonial que había engendrado la experiencia antropológica, se inició un nutrido debate acerca de la pertinencia de "hacer antropología" en el mundo exótico. Los nuevos gobiernos contaban ya con sus propios intelectuales, muchos de ellos entrenados en las academias centrales; además, los antropólogos metropolitanos no eran ya bienvenidos en las ex-colonias. Y lo que hasta entonces había sido una situación de hecho (irse lejos, donde se encontraba el salvaje en su ambiente natural), se convirtió en objeto premeditado de justificación teórico-epistemológica. Quienes abogaban por una antropología en contextos exóticos argumentaban que el contraste cultural promueve la curiosidad y la percepción, garantiza un conocimiento científico desprejuiciado, y la equidistancia del investigador extranjero con los distintos sectores que componen la comunidad estudiada al no ser un competidor por los recursos locales⁵.

La definición malinowskiana planteaba ciertas contradicciones entre una perspectiva naturalista y el aprendizaje del punto de vista nativo, pues si el fin del antropólogo es conocer ese punto de vista, no abrevia acaso el nigeriano -trabajando en Nigeria- o el francés -trabajando en Francia- el camino a recorrer? Quienes auspiciaban la investigación en la propia sociedad afirmaban que una cosa es conocer una cultura, y otra haberla vivido; que el shock cultural es un obstáculo innecesario y, además, una metáfora inadecuada que reemplaza con una desorientación artificial y pasajera lo que debiera ser un estado de desorientación crónica y metódica, y que estudiar la propia sociedad tiene varias ventajas: el antropólogo nativo no debe atravesar los complicados vericuetos para acceder a la comunidad, ni demorar su focalización temática, ni aprender la lengua nativa, que un extraño conocerá siempre imperfectamente; su pertenencia al grupo no introduce alteraciones significativas, lo cual contribuye a generar una interacción más fluida y propicia para la observación participante; el antropólogo rara vez cae presa de los estereotipos sobre la población pues está en mejores condiciones para penetrar la vida real, y no se obnubila con las idealizaciones que los sujetos suelen presentar de sí⁶.

A pesar de su oposición aparente, ambas posturas coinciden en que los antropólogos extranjeros o los nativos pueden reconocer lógicas y categorías locales,

asegurándose un acceso no mediado al mundo social, manteniendo la distancia, como pretenden los 'externalistas', o fundiéndose con la realidad que estudian, como los 'nativistas'. El empirismo ingenuo de las afirmaciones que homologan antropología nativa con menor distorsión de lo observado y mayor invisibilidad del investigador en el campo, es casi idéntico al de quienes sostienen que sólo una mirada externa capta lo real científica y desinteresadamente.

Las ilusiones positivistas y naturalistas han sido examinadas por varios autores⁷, pero del debate ha quedado, sin embargo, la puesta en cuestión del lugar de la "persona" del investigador en el proceso de conocimiento. En tanto que principal instrumento de investigación y término implícito de comparación intercultural, el etnógrafo es además de un ser académico, miembro de una sociedad. Las primeras elaboraciones acerca de la coexistencia entre ambas dimensiones en el curso de la investigación provinieron, no casualmente, de antropólogos cuyas personas sociales eran subalternas en sus respectivas sociedades. Mujeres y miembros de las llamadas "minorías"⁸ han planteado críticamente la incorporación de la persona del investigador al producto de la investigación y los límites de la natividad en sociedades supuestamente democráticas y homogéneas. Pues en qué medida un etnógrafo negro de clase media es "nativo" en una nación escindida por el racismo como los EE.UU.?

Trabajar con sectores socio-políticos opuestos a los del investigador puede levantar sospechas en su propio grupo de pertenencia y tender a su marginación. Preguntar sobre "lo obvio" puede crear animosidad pues el antropólogo nativo está inserto en una red de relaciones que lo vinculan al mundo que va a estudiar y no puede fingir desconocer sus reglas⁹. En suma, las categorías de "nativo y extranjero" no están dadas: su sentido proviene del contexto histórico y cultural específico de cada investigación. Ahora bien: cómo descubrir ese sentido?

III. Una mirada reflexiva

Algunos autores han calificado al trabajo de campo como diálogo y negociación que el texto etnográfico homogeneiza y silencia. Por eso la etnografía experimental intenta destacar las voces de resistencia y oposición del Otro al Sí Mismo, del Resto a Occidente, evitando que la pluma del investigador calle el disenso y lo anule para siempre¹⁰. Esta vertiente se ha dedicado a rescatar el Sí Mismo del etnógrafo, su persona socio-cultural, de la tentación mimética con el campo y de la tendencia estereotipadora de Occidente¹¹. Al describir el etnógrafo constituye lo real, aunque el mundo real siga allí para ser interpretado. Según esta acepción de la reflexividad, el etnógrafo despliega su auto-conciencia en el texto, introduce múltiples voces sin subsumirlas a la propia, y explica cómo ha construido lo real en su argumento¹². Sin embargo, nota Graham Watson, esta visión no desafia a la ontología realista, pues no concibe lo real como coproducido por investigador e investigados. La recuperación teórica de la plurivocalidad sigue pendiente.

El concepto de reflexividad proveniente de la etnometodología aspiraba a poner fin a las pretensiones positivistas de la invisibilidad del investigador en el campo, de la exhumación automática de la perspectiva de los actores, y de las garantías absolutas de veracidad y neutralidad en la obtención de la información a través de instrumentos técnicos de vasta complejidad. Esta noción de reflexividad se contraponen tanto a la teoría de la correspondencia, según la cual un informe de la realidad reproduce (o corresponde a) la realidad 'tal cual es', como a la constitución subjetiva de la realidad social. Según han mostrado Harold Garfinkel (1967) y sus continuadores, los análisis de la realidad social y la realidad descripta se constituyen mutuamente, porque esas descripciones (*accounts*) "están hechas de expresiones cuyo sentido deriva del ámbito" descripto. La reflexividad no es cualidad sólo de algunos enunciados, prácticas, o líneas teóricas, sino de toda realidad social, incluyendo a la académica¹³. Las descripciones analíticas y las del sentido común, son contexto-dependientes o indexicales, no inmanentes ni exteriores a lo que describen e interpretan. Los recursos académicos para establecer el vínculo entre investigador y sujetos de estudio -técnicas, métodos, etc.- son, para una antropología reflexiva, más que una mera herramienta para conocer a los sujetos, el lugar mismo donde se produce ese conocimiento. Parafraseando a Gadamer, el trabajo de campo no es un método sino "el proceso ontológico del discurso humano en operación, en el cual ... 'la vida media a la vida'"¹⁴. Por eso no basta con declarar las técnicas empleadas, la extensión de la estadía, y alguna anécdota. Es imprescindible integrar analíticamente esas instancias al objeto teórico de la investigación, porque aquéllas nos hablan de él.

Ni el investigador es un observador externo a la realidad que estudia, ni los sujetos ni el investigador "están" en un lugar no-interpretado. Marilyn Strathern define a la "auto-antropología" como aquella "que se lleva a cabo en el contexto social que la ha producido". La cuestión no es si las credenciales del investigador coinciden con las de los informantes, sino saber "si existe *continuidad cultural* entre los productos de su labor y lo que la gente en la sociedad estudiada produce en términos de explicaciones de sí misma"¹⁵. Strathern propone el concepto de "reflexividad conceptual" que no se limita a un despliegue de la sensibilidad individual del investigador, sino que concierne al "proceso antropológico de 'conocimiento' (que) se erige sobre conceptos que pertenecen también a la sociedad y cultura bajo estudio"¹⁶. Que el investigador proceda del mismo mundo social que los sujetos no garantiza que sea capaz de identificar las discontinuidades entre la comprensión indígena y los conceptos analíticos, ni que adopte los géneros culturales apropiados para expresar su interpretación.

Aplicar esta perspectiva al incidente me permitió develar parte de mi perplejidad, para acceder no a las razones íntimas por las cuales Carlos y su mujer obraron y pensaron como lo hicieron (p.e., fines políticos, celos personales), sino al sentido de la acusación con la cual ellos me hacían partícipe de sus memorias del '82, poniendo de manifiesto su concepto de Malvinas y de la Nación Argentina.

Asimismo, al verme acusada mientras hacía trabajo de campo en mi propio país y sobre mi propia nacionalidad, pude revisar qué es, en la Argentina, ser un antropólogo nativo. Pero para esto necesité prestar atención al contenido del discurso acusador y al contexto que resultó del incidente. Era ese contexto, producto de mi mundo social y de los sujetos de mi investigación, el que daría nuevo sentido a las categorías de 'nativo' y de 'extranjero' que yo traía conmigo; era esa tercera instancia gestada en el encuentro etnográfico en el campo la que me permitiría comprender mejor cómo los argentinos recordamos Malvinas.

IV. La reflexividad de un incidente

El incidente comenzó aquel 2 de abril con una orden ("mantenete lejos de los ex-combatientes y de mi marido"), una acusación ("gente de inteligencia") y una amenaza ("cuidate", vas a perder tu "empleo") que transitaban de una esposa a una mujer en un acto público de hombres.

Mi primera sorpresa fue la evidente (al menos, para mí) falsedad de la acusación: podía entender la sospecha pero no que se expresara como un hecho confirmado. Como ciudadana argentina recordaba a "los servicios" (SIDE) como una temible y oscura rama del Estado dedicada a la contrainsurgencia y a la persecución política en la mundialización de la Guerra Fría, cuando la Doctrina de Seguridad Nacional comenzó a predicar la ubicuidad de los campos de batalla entre el "imperialismo capitalista" y el "comunismo internacional"¹⁷. Con la sucesión de períodos represivos y proscriptivos, antropólogos y científicos sociales argentinos fueron visualizados por los regímenes de facto como agitadores de izquierda contra 'el orden constituido', y tratados en consecuencia.

Pero esta imagen era incongruente con las palabras de la mujer de Carlos, que me hacían objeto de una acusación tradicional a los antropólogos¹⁸ no en la Argentina sino en Asia, Africa y América Latina ni bien se establecieron las áreas de influencia Este-Oeste tras la Segunda Guerra Mundial: pertenecer a un servicio de inteligencia internacional. Más aún, luego de las violentas guerras de liberación de los nuevos países asiáticos y africanos, el "agente de inteligencia" se transformó en un argumento corriente para ahuyentar a los antropólogos extranjeros¹⁹. Pero tampoco era éste mi caso, no sólo porque se me había dado inicial colaboración, sino también porque sabiéndose desde el principio que yo había estudiado en los EE.UU., no se me identificaba como agente de la CIA, sino del SIDE. Vale la pena aclarar que por las características del trabajo de campo etnográfico es bastante lógico y por eso tan frecuente identificar a los antropólogos con los espías, pero esta similitud suele plantearse al principio, no al final de la investigación.

La segunda incongruencia fue que mi expulsión estuvo a cargo de una de las pocas mujeres de esa organización de hombres, aunque yo hubiera tratado siempre y principalmente con ellos. No sólo se me expulsaba: me expulsaba una mujer a quien -

como a toda mujer- yo había percibido como subalterna en los centros²⁰. Califiqué el suyo como un ataque de celos, una iniciativa individual o un capricho "de género" contra una posible competencia femenina en su campo de acción. Pero esta explicación no era convincente, porque en nuestros primeros encuentros la mujer de Carlos había tenido una actitud amigable, y porque yo no frecuentaba el centro ni a su esposo desde hacía mucho tiempo. Interpretar el incidente como "un ataque de celos femeninos" exige otra pregunta: por qué serían los celos una forma legítima y creíble de promover mi alejamiento? Y por qué la mujer de Carlos expresaría sus celos en términos de espionaje oficial?

Una tercer incongruencia fue que quien pretendía mantener alejados del centro a "los servicios", me amenazaba con perder mi supuesto trabajo. Pero cómo haría ella para que su amenaza fuera plausible, sin contar simultáneamente con algún acceso cierto a mis "empleadores"? Al cabo de la amenaza yo no sabía si quien me hablaba lo hacía en calidad de adversaria o como representante de "inteligencia". En suma, una falsa acusación plagada de contradicciones sólo me permitió contestar en el momento que ella estaba "en pedo", pero sospeché que había algo más.

Ese acto del 2 de abril era público. Cualquiera (incluso yo) podía asistir. La invitación por afiches ubicados en los puntos más concurridos de Buenos Aires sugería que se aspiraba a reunir un público masivo y popular al que la dirigencia supone más consustanciado con el ideal de Malvinas, que las clases medias y altas. Pero más que la convocatoria, los militantes ven a estos actos como vehículos de "malvinización" y generadores de conciencia nacional. La malvinización apunta en especial al porteño de quien los veteranos recuerdan su frágil memoria y veloz pasaje de la euforia inicial del día de la recuperación, a la indiferencia posterior a la rendición.

A diferencia de otras localidades del país, desde 1983 y cada 2 de abril Buenos Aires se transforma en sede de varios actos simultáneos convocados por distintos centros de ex-soldados. Estas ceremonias presentan algunas diferencias pero contrastan más marcadamente con los actos oficiales por Malvinas²¹. En primer lugar, y es el caso del CAVIM, los veteranos se presentan como los "Protectores de la Argentina"²², según la letra de una marcha compuesta luego del conflicto y que los veteranos suelen entonar, adoptando una postura militante en la cual los observadores se transforman en participantes²³. En segundo lugar, estos actos no siempre cuentan con el respaldo y la infraestructura oficial, p.e., para la iluminación nocturna del Monumento, para obtener la asistencia de la banda de música militar que acompañará al desfile, y en el acto final tocará el minuto de silencio y el himno nacional²⁴. Esta diferenciación también alcanza a las FF.AA., pues los actos tampoco cuentan con presencia militar uniformada²⁵. Tercero, los actos tienen una localización témporo-espacial diferente pero complementaria a los actos del Poder Ejecutivo, pues suceden fuera del horario de trabajo, en espacios públicos de la ciudad capital²⁶.

Esa localización fue particularmente elocuente aquel 2 de abril. La celebración consistió en una secuencia de eventos organizados en fases progresivas con ubicaciones móviles, y con participación diferencial de sus integrantes. Empezaba con una misa en la Catedral, donde los veteranos ocupaban un sitio preferencial frente al altar; seguía con un desfile, cuyo cuerpo conformaban las delegaciones provinciales de ex-soldados, con simpatizantes y familiares detrás; finalizaba con un acto ante el Monumento a los Caídos en el Atlántico Sur, en la Plaza San Martín -frente a la Torre de los Ingleses²⁷- donde los ex-soldados ocuparon el pequeño escenario, pronunciaron discursos, integraron el grueso del auditorio e hicieron la ofrenda floral. El desfile partió de la Catedral, bordeó la Plaza de Mayo, pasó por el Ministerio de Acción Social, el de Economía, la Casa Rosada -sede del Poder Ejecutivo Nacional-, el Edificio Libertador -Comando en Jefe del Ejército-, circunvaló el centro financiero porteño y llegó al barrio de Retiro, a unas cuadras de la Cancillería, del Círculo Militar del Ejército, del Centro Naval y de la Fuerza Aérea; en suma, el desfile transitó por el Poder Ejecutivo.

Los protagonistas de este 2 de abril eran hombres civiles (entre ellos algunos suboficiales dados de baja o retirados) que habían participado en el conflicto (un 80 %), jóvenes nacionalistas y familiares de veteranos y de caídos, entre ellos varias mujeres. Los "veteranos" estaban encolumnados detrás de su respectiva delegación provincial, salvo miembros del CAVIM que abrían el desfile portando una corona, imprimían el ritmo general del acto, y marcaban el comienzo y finalización de cada actividad (coordinar la salida y la marcha de las delegaciones, hacer la locución, pronunciar el discurso central). Los asistentes veteranos presentaban una variada pero significativa indumentaria, pasando del traje al uniforme verdeoliva del infante de Ejército o de Marina. Quienes usaban ropa sport agregaban alguna chaqueta, birrete, borsegués, cinto o pantalón militar. Los veteranos exhibían sus medallas otorgadas por el Congreso de la Nación entre 1990 y 1992 o por las FF.AA. sobre el lado izquierdo del pecho. Algunas delegaciones combinaban la vestimenta informal con remeras uniformes diseñadas por cada centro de veteranos y algún símbolo provincial -el escudo frecuentemente acoplado a las Islas, pancartas, ponchos y boinas de un mismo color.

Más que el "pueblo argentino" o el porteño indiferente, el principal interlocutor-destinatario del acto parecía ser el Estado argentino y, particularmente, el "Estado Federal" si se tiene en cuenta la presencia de las delegaciones provinciales en el centro político del país. Ese vínculo contradictorio con el Estado como receptor y adversario remitía al gran artífice de la decisión de recuperar las Islas y el generador de una nueva identidad social que encarnarían los ex-soldados: los "ex-combatientes" y los "veteranos de guerra". Pero remitía también al Estado en tanto que principal responsable de la caída de Puerto Argentino, último bastión nacional, de graves deficiencias en la conducción bélica, y de la primera "des-malvinización" al negarle a

los veteranos los honores de quienes "defendieron a la Patria". "Se nos escondió como a delincuentes", civiles y militares siempre recuerdan.

Las últimas ceremonias del 2 de abril convocadas por el CAVIM trataban, pues, de invertir una derrota en victoria y el ocultamiento inicial en un acto de presencia por los puntos políticos más visibles de la Capital Federal (por ende, de la Argentina). Los protagonistas del acto no estaban "en" el Estado pero provenían de él; se le ubicaban de frente y enfatizaban los elementos distintivos adoptando algunas de sus formalidades, en un esfuerzo por transformar el sentido de la "gesta de Malvinas", como suelen llamar al intento de recuperación.

Confirmaban esta ambigüedad con el Estado argentino varios elementos: iniciar el acto en la Catedral, donde comienza buena parte de las celebraciones oficiales; el desfile militar, y la indumentaria de los protagonistas; el discurso en el Monumento, donde se solicitaban medidas de reconocimiento al veterano de guerra y se celebraba la concreción de otras en la esfera estatal; y dos expresiones en la acusación de la mujer de Carlos. Una fue su alusión a "ex-combatientes" en vez de "veteranos", término éste que entre 1987 y 1988 se impuso al cronológicamente anterior de "ex-combatiente" en la mayoría de los centros (como el CAVIM) para transformar su temprana identidad de "chicos de la guerra"²⁸ en la de hombres que lucharon por su Patria. Asimismo, el término "veterano" ubica a los ex-soldados bajo el mismo rótulo que a los cuadros militares que asistieron a las Islas. En vez, el "ex-combatiente" fue el primer término con que se designó, apenas terminado, a los conscriptos que participaron del conflicto; esa denominación tenía connotaciones de oposición al Estado y, sobre todo, al régimen del '82, por su autoritarismo sobre muchachos de 18 años demasiado jóvenes para combatir. La otra expresión de ambigüedad era "la tercer incongruencia": la mujer de Carlos me amenazaba con "perder mi empleo" en el Estado, pero ella se erigía en portavoz de una organización donde "no queremos gente de inteligencia". La amenaza sólo sería creíble si se esgrimía desde el Estado²⁹.

La acusación de "servicio" me asimilaba a ese interlocutor/ adversario de una causa de Malvinas que los ex-soldados definían como nacida del Estado, pero que debía pertenecer a la sociedad civil. Los veteranos se erigían en sus portavoces ante el Estado, y en guardianes y recuperadores de la memoria civil y nacional ante "la sociedad". De este juego dual participaban los leales a la causa, que estaban al servicio de la Nación; los indiferentes, que hacía más de diez años habían aplaudido la recuperación y que despertarían algún día de la "desmalvinización" o el olvido; y los traidores, que estaban lisa y llanamente contra la Patria y podían ser asimilados a algunos agentes del Estado nacional, como muchos Generales que comandaron las operaciones del '82³⁰. De estos tres grupos, sólo los traidores no tenían ni tendrán derecho a celebrar el 2 de abril. Con su advertencia-amenaza, Carlos y su mujer trataron de alejarme de la celebración y de las actividades realizadas por los leales a la Patria, quienes observaban una conducta coherente y, por eso, previsible.

Era lógico entonces que hubiera sido la mujer de Carlos, y no él u otro dirigente, quien me hubiera expulsado. Aunque para ellos yo representaba al Estado, mi identidad de género me hacía menos asible, y sólo permitía ubicarme en las sombras del poder. Había tenido ya ocasión de escuchar decir a varios ex-soldados que reconocerían a "un servicio" más fácilmente que a "una servicio", y que si ellos estuvieran en el lugar del Estado (también!) enviarían a una mujer. Esto no se debería a la ausencia absoluta de mujeres en los centros de veteranos y las instituciones militares, sino a una caracterización cultural de lo femenino como pasional, potente e incontrolable³¹. Si yo no integraba ninguna organización de veteranos, si no estaba emparentada con ningún veterano vivo o muerto, ni me había unido sentimentalmente a ninguno de ellos³², entonces alguien me protegía, o yo no respondía más que a mis propios impulsos, pudiendo darle cualquier destino a la información. Quién sino otra mujer podría combatirme con mis propias armas?

Por eso, las interpretaciones de quienes explicaron y restaron importancia al incidente atribuyéndolo a la idiosincracia personal o a los celos de una esposa, se justifican si se entiende lo femenino desde esta lógica sin negar la coherencia de las aparentes "incongruencias" de la mujer de Carlos. Tal es así que a los pocos días obtuve cierta confirmación, cuando fui a aclarar con Carlos lo ocurrido. Su primera reacción a mi protesta fue establecer una clara distinción entre él y su esposa: "-Vos sabés con quién estás hablando?" y aclaró luego: "-Esta no es una organización de mujeres de veteranos, ni de esposas de veteranos. Es una organización de veteranos de guerra!". Al concluir abruptamente nuestro breve intercambio admitió que ya hacía tiempo que todos tenían dudas sobre mi verdadera actividad. Confirmando lo dicho, aquellos otros a quienes conté el incidente (miembros o no del CAVIM) replicaron que no tenían nada que ocultar ni de mí ni de nadie, y que les daba igual que yo fuera o no servicio. Aceptaban mi individualidad pero no mi persona social, pues ninguno negó de plano la acusación.

Si por nuestro género la mujer de Carlos y yo ocupábamos una posición subalterna en la causa malvinera, había sin embargo una diferencia: su femineidad estaba controlada por su marido y su organización; la mía andaba "suelta" de todo parentesco o afiliación institucional. Mi autonomía de partidos políticos, de hombres y de organizaciones, agudizaba un rol difuso como el del antropólogo. Dado mi tenaz interés en Malvinas, no cabía yo en la categoría de "porteña indiferente", pero por mi independencia de los centros malvineros, tampoco era miembro de una facción opuesta. En tres años yo no había producido nada "útil" y "concreto" para bien de la causa, como Carlos me lo había pedido, sino que me dediqué a conocer caras e historias, a indagar en lo obvio y a merodear por los centros averiguando por una causa nacional que, como todo patriota sabe, no es necesario explicar ni analizar. Por descarte o por tenacidad, yo debía ser servicio.

Sin embargo, esta lógica no era exclusiva de los veteranos. Con su acusación yo pasaba a formar parte del modo en que muchos argentinos recordamos Malvinas:

una gesta nacional en oposición a, pero surgida de, el Estado argentino. Esta concepción define una noción específica de nacionalidad donde "ser nativo" difiere de las concepciones expresadas en el debate antropológico tradicional. En la Argentina, la nacionalidad es una identidad acotada por y en disputa con el Estado, con manifestaciones tan ubécuas como en la tercer incongruencia de la mujer de Carlos.

Podría hipotetizarse que, a diferencia de otros países donde su participación estuvo modelada por la esclavitud o la importación de mano de obra, el Estado argentino ha sido el gran delineador de una nacionalidad homogénea, aunque no por eso carente de conflictos. La historia política de este siglo nos ha enseñado a los argentinos que en la confrontación interna el Estado es el principal polo capitalizador de la violencia (entendida como "orden", "represión" y "supresión"). La ausencia de los británicos de este artículo, análoga a su ausencia del incidente que protagonicé, es inversamente proporcional a la presencia del traidor, figura resultante de una historia político-institucional donde los enemigos internos (de la sociedad, el Estado y la Nación) han dejado más deudos y "caídos" que las intervenciones imperiales. Esta definición sobre "ser nativo" en la Argentina vale por igual para antropólogos, ciudadanos y veteranos.

Por eso mis acusadores y yo entendimos lo mismo de la acusación de "servicio": su connotación de deslealtad y engaño, el lado oscuro del Estado en nuestra historia. Pero, llamativamente, ese acuerdo fue posible entre alguien como yo, contemporánea de la violencia política interna desde fines de los '60, y jóvenes cuyo primer recuerdo y vivencia adulta debía ser la única guerra internacional que protagonizó la Argentina en el siglo XX. La asimilación entre acontecimientos tan distintos pone en escena la cuestión central: por qué al conmemorar una confrontación externa se reavivó un conflicto entre enemigos internos?

V. Palabras ... finales?

Si algo queda claro de este incidente son los límites inciertos entre el Estado y la Sociedad, entre el carácter nacional e internacional de un conflicto, entre civiles y militares, y entre una antropóloga nativa y una no-nativa o traidora. Estas ambigüedades, que en un principio se me aparecían como "incongruencias", fueron sumamente relevantes para redefinir el objeto de mi investigación -la memoria histórica de la nacionalidad argentina- al tiempo que esclarecían el incidente. Lejos de permanecer como una realidad cerrada en sí misma o como un medio para obtener información, el trabajo de campo afecta y es afectado por las relaciones sociales que se analizan.

La memoria histórica de la nacionalidad -mi objeto- era parte de mi proceso de conocimiento por dos razones: primero, por la reflexividad inherente a toda la realidad social, familiar o no; y segundo, porque de ese objeto participaba mi pertenencia a la misma sociedad y nacionalidad de los veteranos. Pero, aunque

compartiera con ellos esas formas de pensamiento y de reacción, sólo cuestionando esa común pertenencia pude entender cómo fui excluida de mi nacionalidad en la celebración de una causa nacional. Para esto debí eludir respuestas "consoladoras" y el fácil recurso de contrastarme con el "modelo del etnógrafo impecable".

Las causas que imaginaron colegas, amigos y otros veteranos -la mala intención, los celos, etc.- eran parte del incidente pues me habían sido sugeridas en el mismo universo de significados del que procedía la acusación. Y si para mí como argentina "ser servicio" significaba lo mismo que para mis acusadores, esto era porque ellos y yo operamos en la misma sociedad, con un similar concepto de nación. Era claro, entonces, que en sus alternativas de explicación se expresaban supuestos aparentemente familiares que legos y antropólogos habíamos naturalizado.

Cómo procedía esa naturalización? Dejando la nacionalidad incuestionada, bajo el supuesto de que compartir la nacionalidad con los sujetos de estudio viabiliza una mayor confianza y permite al etnógrafo nativo superar más rápidamente algunos preconceptos que investigadores menos familiarizados. De haberlo creído así por mucho tiempo no hubiera podido explicar el incidente sino en términos de ese sentido común sobre la nacionalidad del que yo participaba vivencial, no analíticamente. Ser expulsada por pertenecer al SIDE supone que esa pertenencia "es" ser un traidor sin derecho a celebrar una causa nacional.

Strathern señala que proceder del mismo mundo social que los sujetos no garantiza poder identificar las discontinuidades entre la comprensión indígena y los conceptos analíticos. En este caso ocurría lo inverso: proceder del mismo mundo social que los sujetos no me garantizaba ser capaz de identificar las continuidades entre la comprensión indígena y mis conceptos indígenas bajo la apariencia de conceptos analíticos. Pero al desnaturalizar el supuesto de la común pertenencia a la nacionalidad, la "reflexividad conceptual" me ayudó a entender un punto central en el debate sobre la identidad etno-nacional, en "carne propia".

Una de las enseñanzas de este incidente concierne al objeto de mi investigación y a la categoría metodológica del "antropólogo nativo". En su acusación, la mujer de Carlos llamó mi atención de un hecho evidente para todos los argentinos: el posicionamiento ambiguo de los veteranos de guerra en las esferas militar (estatal) y civil. En este caso, esa ambigüedad nace del requisito obligatorio hasta 1994 para los adultos civiles varones de prestar un año de servicio militar. Los veteranos que se abocaron a la causa de Malvinas siguieron encarnando la ambigüedad que en ellos introdujo la conscripción, ocupando una posición dual hacia el Estado y la Sociedad Civil. El incidente ofreció un ejemplo de esta ambigüedad en la tercer "incongruencia" de la mujer de Carlos. Cabe entonces preguntarse por qué en la celebración de una causa nacional se acusaba a alguien por estar vinculado al Estado si los acusadores nacieron de sus entrañas? Y por qué se sobreentiende que pertenecer a esa rama del Estado (el SIDE) es incompatible con participar en una causa nacional? La respuesta sería insuficiente si se limitara a establecer faltas éticas

e "incongruencias" en los acusadores; debería orientarse a reconocer la historia de esa compleja y violenta relación entre el Estado y la sociedad, y que esta ambigüedad es inherente a todos los procesos de construcción de las identidades etno-nacionales.

Por eso no creo que sea posible ni provechoso dirimir si los veteranos de guerra argentinos que participaron en la Guerra de Malvinas, y en particular quienes me expulsaron, pertenecen "a la sociedad civil" o "al Estado". Las fronteras en las identidades sociales son necesariamente ambiguas, lo cual permite su manipulación. Si vemos a la nacionalidad como un ejercicio de clasificaciones que reclama una construcción cultural de supuesta homogeneidad, operando en el marco del poder político³³, es claro que los rótulos de "nacional" y "extranjero" son el marco donde negociamos quién es un patriota, y quién es un traidor.

Lo que debe llamarnos la atención en el contexto argentino son los términos en que se expresa y dirime la nacionalidad. En otras sociedades (Bolivia, Nigeria, Sudáfrica o Canadá) factores étnicos como la lengua, la raza, la religión, la cultura, son básicos para encarar el arduo proceso de negociación que establece la clasificación de pertenencias. Pero en la Argentina ésta se expresa con referencia al Estado y no siempre, como quedó claro en la euforia pública del 2 de abril de 1982, en oposición a él. En su acusación, la mujer de Carlos pretendía dirimir mi nacionalidad en términos de mi lealtad, ilegítima según ella porque yo "hacía inteligencia", obedecía al Estado y, por eso, me oponía a la Nación. Pero al amenazarme con "perder mi trabajo" ella se posicionaba en la red oficial. Así como en el incidente lo internacional de "Malvinas" se convirtió en un conflicto interno entre los celebrantes, así los veteranos podían vestir con la quintaesencia del poder estatal - el uniforme de las FF.AA.-, o construir un enemigo a partir de su lealtad a ese mismo Estado que los hizo "veteranos" en el Atlántico Sur.

Pero por qué Carlos y su mujer (e implícitamente otros veteranos) desconocieron mi "persona académica"? Algunos autores sugieren que en la Argentina el campo político ha permeado el campo intelectual³⁴. Carlos me alertaba que quizás fuera esa relación entre los dos campos la que ha distinguido a la Antropología argentina de las de otros contextos, señalando que esa subordinación del campo académico al político había condicionado toda nuestra producción científica.

En nuestro breve y último encuentro, Carlos me recordó que, aún siendo una célebre antropóloga, Ruth Benedict había contribuido a la victoria de los Estados Unidos sobre el Japón en la Segunda Guerra Mundial. Esa "contribución" podía haberse leído como "lealtad patriótica", pero Carlos la convirtió en un acto de traición. Sus sospechas de mí no eran atribuibles a la ignorancia; su lectura, aprendida en un curso universitario de Antropología, era estrictamente argentina. Pero además cerraba toda discusión y negaba el sentido de mi investigación, el valor del trabajo de campo, y la afiliación a mi nacionalidad. Quizás por eso decidí escribir estas páginas, el único final feliz que fui capaz de imaginar cuando vi rechazadas mis propias utopías de pertenencia y unidad.

Agradezco los comentarios a versiones preliminares de este artículo, de Daniela Daniszevsky, Sabina Frederic, Jorge Pilone, Elías Prudent, Eugenia Ruiz Bry, Mauricio Salas y Virginia Vecchioli, y especialmente los de Michel-Rolph Trouillot, Patricia Durand y Claudia F. Guebel, y Sergio E. Visacovsky.

Notas.

1. No es mi intención dañar la reputación de los actores de este episodio, he modificado los datos que permitieran identificar a sus protagonistas individuales y colectivos.
2. Patricia E. Sánchez, comunicación oral, 1993.
3. Un comentarista al artículo de F. Henry afirma que la mejor forma de "demostrar" que uno no es lo que se le atribuye, es simplemente no serlo. Este concepto es inadecuado para las pautas de análisis que propongo aquí.
4. Pero en Malinowski el naturalismo se encuentra en tensión con aproximaciones de tipo interpretativo (Durham 1978; Guber 1994).
5. Beattie, en Aguilar 1981:16-17. Messerschmidt 1981; Nash 1975.
6. Uchendu, D.Nash y Nukunya en Aguilar 1981:16-21.
7. Holy 1984; Willis 1980.
8. Desde el Return to laughter de E.Bowen o L.Bohannon, las mujeres fueron cada vez más explícitas en indicar la manipulación de sus status en el campo, en condiciones de poder asimétricas para ellas (Callaway 1992; ver también Briggs 1970; Wax 1971; artículos en Golde 1970, Abu-Lughod 1988). Los hombres negros también puntualizaron la presencia de su 'negritud' en contextos familiares y exóticos, como hizo Delmos Jones en un barrio negro de Denver, EE.UU., y en una población campesina tailandesa. Continuaron el debate los antropólogos de países coloniales educados profesionalmente en la Academia central (Mascarenhas-Keyes 1987; Razavi 1993, etc.).
9. Ver Kondo 1986.

10. Dwyer 1982. Marcus & Cushman 1982.
11. Un exitoso ejemplo fueron las reflexiones sobre el trabajo de campo en Marruecos, de Paul Rabinow (1977).
12. Watson 1991:80-81.
13. Watson 1987:30-31.
14. Gadamer en Giddens 1987:56.
15. Strathern 1987:17-18. Mi énfasis.
16. Ibid: 18.
17. López 1985.
18. Que estas sospechas están muy extendidas lo demuestran, entre otros, Berreman 1968, Nader 1970 y Wax 1971.
19. Las asociaciones nacionales e internacionales de antropólogos han bregado por hacer cumplir la ética profesional, denunciando toda actividad de inteligencia y contrainsurgencia bajo cobertura antropológica [Ver F.Boas (1919) sobre la Gran Guerra; E.Wolf y J.Jorgensen (1968-70) sobre Tailandia y Vietnam (Fluehr-Lobban 1991)].
20. P.e., un ex-combatiente le contaba a otros en tono de festejo cómo un compañero le había pedido a su mujer que se sacase la remera que llevaba puesta, con el nombre, el logo, y la leyenda de la organización, y la diera como regalo a un camarada de otra provincia que estaba allí de visita.
21. Otra distinción son los actos por Malvinas realizados por grupos políticos y los de organizaciones de veteranos que suelen excluir alusiones partidarias en pancartas, consignas y volantes.
22. "Veterano de Guerra" de Juan Carlos Rodríguez Lobos.

23. Es este carácter celebratorio de la Patria la principal diferencia entre el 2 de abril y el 2 de mayo, hundimiento del Crucero ARA Gral.Belgrano, o el 14 de junio, día de la rendición argentina en Puerto Argentino, dos fechas de duelo.
24. La Policía Federal corta calles e interrumpe el tránsito.
25. Con excepciones, como un acto por el décimo aniversario.
26. Los actos oficiales suelen hacerse de mañana, empezar por un templo católico, e incluir una revista de tropas.
27. Una especie de "Big Ben" que la realeza británica obsequió al gobierno argentino en el centenario del 25 de mayo de 1810.
28. Título de una película de Bebe Kamín, sobre texto de Kon.
29. Obviamente, no estoy suponiendo que haya conexiones entre este centro o ella, y la inteligencia estatal.
30. Un veterano me había dicho "-Cómo no voy a desconfiar de vos si mis propios jefes me traicionaron en el campo de batalla!?".
31. Taylor 1979.
32. Cuando iba a un acto, quienes no me conocían me preguntaban si tenía algún familiar en Malvinas o que hubiera vuelto de allá.
33. Trouillot 1990:25.
34. Quattrocchi-Woisson 1992; Neiburg 1993.

Bibliografía citada.

ABU-LUGHOD, Lila (1988) "Fieldwork of a Dutiful Daughter" In: ALTORKI, S. & C. Fauzi EL-SOLH (eds.) *Arab Women in the Field. Studying your own Society.* Syracuse University Press:139-161.

AGUILAR, John L. (1981) "Insider research: an ethnography of a debate". In MESSERSCHMIDT (ed.) Op.cit.:15-26.

BERREMAN, Gerald (1968) "Is Anthropology Alive? Social Responsibility in Social Anthropology" in *Current Anthropology* 9 (5):391-396.

BOAS, Franz (1973) "Scientists as Spies". In: WEAVER, Thomas (ed) *To See Ourselves* Glennville, Illinois, Scott Foresman:51-52.

BRIGGS, Jean L. (1970) *Never in Anger* Cambridge, Harvard University Press.

CALLAWAY, Helen (1992) "Ethnography and experience: gender implications in fieldwork and texts" in *Anthropology and Autobiography*, OKELY Judith & Helen CALLAWAY (eds.) London, Routledge, ASA Monographs:29-49.

DURHAM, Eunice (1978) *A Reconstituicao da Realidade.* Sao Paulo, Editora Atica.

DWYER, Kevin (1982) *Moroccan Dialogues. Anthropology in question* Waveland Press.

FLUEHR-LOBBAN, Carolyn (1991) *Ethics and the Profession of Anthropology* Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

GARFINKEL, Harold (1967) "What is Ethnomethodology?" in *Studies in Ethnomethodology* New Jersey, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

GIDDENS, Anthony (1987) *Las nuevas reglas del metodo sociológico.* Buenos Aires, Amorrortu Editores.

GOLDE, Peggy (ed.) (1970) *Women in the Field.* Chicago, Aldine Publishers.

- GUBER, Rosana (1994) "La relación oculta. Realismo y reflexividad en dos etnografías" en *Relaciones* (en prensa).
- HENRY, Frances (1966) "The Role of the Fieldworker in an Explosive Political Situation" in *Current Anthropology* 7, 5.
- HERITAGE, John C. (1991) "La etnometodología" en *La Teoría Social Hoy*, GIDDENS, Anthony, Jonathan TURNER, et.al. México, Alianza Editorial.
- HOBBSBAWM, Eric (1990) *Nations and nationalism since 1780 - Programme, myth, reality* Cambridge, Cambridge University Press.
- HOLY, Ladislav (1984) "Theory, Methodology and Research Process" in *Ethnographic Research. A Guide of General Conduct*, ELLEN, R.F. (ed.), London, Academic Press:13-34.
- JONES, Delmos (1970) "Towards a Native Anthropology" in *Human Organization* 29, 4, Winter, 251-259.
- JORGENSEN, Joseph G. (1973) "On Ethics and Anthropology" in WEAVER Op.cit.:19-61.
- KON, Daniel (1982) *Los Chicos de la Guerra- Hablan los soldados que estuvieron en Malvinas* Buenos Aires, Editorial Galerna.
- KONDO, Dorinne K. (1986) "Dissolution and Reconstitution of Self: Implications for Anthropological Epistemology" in *Cultural Anthropology* I:74-87.
- LOPEZ, Ernesto (1985) "Doctrinas Militares en Argentina: 1932-1980" en MONETA, C.J.; E. LOPEZ y A. ROMERO (1985) *La Reforma Militar* Buenos Aires, Editorial Legasa, pp. 101-143.
- MARCUS, George E. & Dick CUSHMAN (1982) "Ethnographies as Texts" in *Annual Review of Anthropology* 11:25-69.
- MASCARENHAS-KEYES, Stella (1987) "The Native Anthropologist: constraints and strategies in research". In: *Anthropology at Home* Anthony Jackson (ed.) London, Tavistock Publications:180-195.

MESSERSCHMIDT, Donald A. (ed.) (1981) *Anthropologists at Home in North America*. Cambridge, Cambridge University Press.

NADER, Laura (1988) "Up the anthropologist: Perspectives gained from studying up" in Johnetta B. COLE (ed.) *Anthropology for the Nineties*. New York, The Free Press.

NASH, June (1975) "Nationalism and Fieldwork" in *Annual Review of Anthropology* v.4, 225-245.

NEIBURG, Federico (1993) "La invención del peronismo y la constitución de la sociología en la Argentina." Tesis de doctorado, Museu Nacional de Río de Janeiro, Programa de Pós-graduação em Antropologia Social (ed.mimeo.).

OKELY, Judith (1992) "Anthropology and autobiography: participatory experience and embodied knowledge". In *Anthropology & Autobiography*. Judith OKELY & Helen CALLAWAY (eds.) London, Routledge, ASA Monographs 29:1-28.

QUATTROCCHI-WOISSON, Diana (1992) *Un nationalisme de déracinés*. L'Argentine pays malade de sa mémoire. Paris, Editions du CNRS.

RABINOW, Paul (1977) *Reflections on Fieldwork in Morocco*. Berkeley, California, University of California Press.

RAZAVI, Shahrashoub (1993) "Fieldwork in a familiar setting: the role of politics at the national, community and household levels". In: DEVEREUX Stephen & John HODDINOTT (eds.) *Fieldwork in Developing Countries*. Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers:152-163.

STRATHERN, Marilyn (1987) "The limits of auto-anthropology". In: *Anthropology at Home* Anthony Jackson Op.cit.:16-37.

TAYLOR, Julie M. (1979) *Eva Perón. The myths of a woman* University of Chicago Press.

TROUILLOT, Michel-Rolph (1990) *Haití: State Against Nation. The origins & Legacy of Duvalierism* New York, Monthly Review Press.

WATSON, Graham (1987) "Make me reflexive. But not yet. Strategies for Managing Essential Reflexivity in Ethnographic Discourse" in *Journal of Anthropological Research* 43(1):29-41.

----- (1991) "Rewriting Culture" in *Recapturing Anthropology*, Ricard G. FOX (ed.). Santa Fe, New Mexico, School of American Research Press:73-92.

WAX, Rosalie H. (1971) *Doing Fieldwork. Warnings and Advice*. Chicago, The University of Chicago Press.

WILLIS, Paul (1980) "Notes on method". In: *Culture, Media, Language*. Stuart Hall (ed.). London, Hutchinson. Versión castellana en RINCUARE, Dialogando 2, 5-13.